

Licha: Anécdotas de una mujer guerrerense

By Marilí Alvarado

Licha was born into a family of migrant farmworkers in Guerrero, Mexico in 1946. She was kidnapped by Froylán Velázquez when she was 14 years old at Río Tonto, Veracruz. Froylán housed the family in a one-room adobe house on the Sierra Madre. He was known as *La Porra*. A survivor of forced marriage and domestic abuse, Licha experienced many traumatic events because of her husband's lifestyle. In Mexico, Froylán was a fugitive, thief, opium poppy and marijuana farmer and murderer who often tortured and dismembered his enemies. Death threats and attempts made on Froylán and his young son took a toll on Froylán and he vowed to a law-abiding disposition. While opium poppy and marijuana farming covered the family's immigration expenses to the United States in the early 1970s, Froylán made sure his family was never again involved in the criminal life of which he once boasted. After years of farm migration between Florida and North Carolina, the family settled in the Piedmont Triad. Froylán found new purpose in funding the immigration of friends and family to the U.S. and securing their employment, usually in tobacco farms. Reagan's 1986 Immigration Reform and Control Act supported the family's path towards citizenship. Froylán died of lung cancer in 2001 and Licha has lived with her youngest child since. Today she is a great-great-grandmother whose daily projects are cooking *antojitos mexicanos* and gardening. Licha's story is one of survival, resilience, healing and faith. This paper presents two anecdotes Licha recounts about her late husband.

1960

La Mamá se hace una trenza para que el cabello no le estorbe, la termina y dejándola caer, le roza las nalgas. Saca el rebozo de un cajón y mirando a Licha dice, "Mija, me voy a tardar en la tienda. Bajas al río pa' lavar las camisas cuando termines de cocinar. Las necesitamos pa'l trabajo mañana. Si tu hermano sigue dormido, no me lo despiertes." Se enrolla el rebozo y continúa, "Lupe te va a cuidar, ya le dije que los dejo encargados con ella. Al rato te veo." Toma dos bolsas de mandado, una verde y la otra amarilla, y sale de la casa.

Licha ve que el chile de queso ya casi está listo y quedan dos tortillas para echar. Tan pronto termina de cocinar, Licha se lava las manos y mira la cubeta colorida llena de camisas sucias. Se la sube a la cabeza. Sostiene el peso con una mano y con la otra levanta el vestido largo.

El río, aunque grande, es calmado y se ve oscuro por el verde chillante de las plantas que lo rodean. Los pajaritos cantan. Los árboles le dan voz al viento con el bailar de sus hojas. No hay nubes cubriendo el esplendor del sol. Es un panorama perfecto. Pero Licha no lo nota, está enfocada en no caerse mientras baja al río. El viento le acaricia el cabello un poco y le jala el vestido de manta hacia atrás, marcando las curvas de su figura.

El Secuestro

Oye pasos cerca de ella y levanta la vista. Un hombre lleva camisa gris y pantalón negro y el otro, el más alto, lleva un sombrero calentano y gabán café. “No debo estar aquí,” se dice a sí misma. Baja la cubeta de su cabeza procurando que no se caiga la ropa y el jabón. Acomoda la cubeta en una piedra grande y como bala corre hacia casa. “¡Agárrala, pendejo! ¡No la dejes ir!” grita uno de los hombres.

Una mano grande y delgada jala la mano izquierda de Licha y la tropieza hacia atrás. El terror la pone helada y muda. El que había gritado lleva la mano derecha en el borde de su sombrero para que no se le caiga mientras corre hacia ellos. Ya de cerca Licha le ve la cara del señor con bigote grueso. El que la jaló tiene cara lisa y joven. El bigotón se quita su sombrero y gabán. Le embroca el gabán a Licha y luego el sombrero. El gabán es ancho y le cubre el cuerpo, el sombrero sucio y huele a sudor.

El bigotón le echa el brazo izquierdo y el joven hace lo mismo con su brazo derecho, poniéndola en medio de los dos. Abrazados, caminan juntos y a un paso normal. El sombrero se le menea con cada paso. Suben la loma en camino a la calle principal. Pasan por enfrente de la casa donde seguro el hermano de Licha sigue dormido. Hay una casa al otro lado de la calle y se ve una figura en la ventana, pero no se distingue todavía. Unos pasos más y se conoce la figura, es Lupe. Licha la ve a los ojos y Lupe se quita de la ventana.

1966

“El calor de este verano está exagerado,” se susurra Licha. Cristalinas gotas de sudor le escurren por la frente, el pecho y la espalda. Siente la entrepierna mojada y se apena.

Froylán entra a la casa con la cabeza empapada en sudor. Con la ceja fruncida grita, “Apúrate vieja, ¡bueno! Huaches, tráiganse a Milia que está afuera jugando.” Apurado se mete en el subterráneo bajo la cama. A fuerzas se acomoda con su cuerno de chivo y carrillera, una en la cintura y una de brazo partido. La escopeta del veinte de seis tiros la lleva con trabajos. Entre dientes dice, “Ándale, tírame el morralito.” Licha siente arder su pecho. Le entrega el morral a la mano y empuja la cama contra la pared.

La judicial sube al cerro en busca de él, el mismo que protegía al Presidente del Municipio a cambio de parque y armas. Él quien también roba a los ricos de sus riquezas para llevárselas a los pobres de su pueblito. El mismo hombre quien, desde los dieciocho años se le respeta como líder en su pueblo, quizás más por miedo que por mérito. Tiene la mala fama de matar a quien le contradice. Entre más grave la ofensa, peor la manera de morir.

La Puerta

TAZ. TAZ. TAZ. Tocan los judiciales en la puerta. “¿Quién es?” contesta Licha. Una voz profunda y fornida dice, “Abra señora.” Licha abre la puerta. Sus tres niños detrás de ella, descalzos y con ganas de un taco. Le jalan la bata desgastada y aguantan el resuello cuando ven a los judiciales.

“¿Qué quieren?” pregunta Licha con tono dominante. El señor frente a Licha es chaparro y moreno. Se le escucha impaciente, “Buscamos al señor Froylán Velázquez, conocido como La

Porra.” Licha no parpadea y mantiene su mismo volumen, “No está.” Con regaño, el oficial pregunta, “¿A qué hora llega?” Todavía sin parpadear, Licha contesta, “No sé.”

La Espera

Los judiciales se hablan entre sí. Están armados como si listos para ir a guerra. Licha cierra la puerta, al fin y al cabo, sabe que no van a hacer nada. Ya van más de diez veces que vienen estos, los policías y otros matones. Y nadie hace nada porque hay niños en la casa. La cama es normal, está tendida, y se ve humilde pero cómoda.

Los judiciales platican parados, unos fuman y otros con las manos listas para tirar. Dos de ellos se recargan en las paredes de la casa, refrescando la espalda con lo frío del adobe. Pasan varias horas y se van en su camión cuando baja el sol. Licha prende una vela cerca al comal para poder ver. Amasa suficiente masa para un taco cada uno.

Sentados contra la pared, los niños escuchan atentamente a los sapos cantar en un silencio cómodo. Entienden su rol en estas situaciones y tienen el consejo de Papá Froylán grabado, “Ustedes siempre cállense, no tienen por qué hablar con nadie de nada.” Brincan al escuchar el ladrido de Papá Froylán, “¡Licha! ¡Ya mueve la cama!”